

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP). VOL. XVII

500 años: conquista, evangelización, identidad

Gustavo Gutiérrez
Diego Irarrázaval
Christian Parker
Anton Peter
Pablo Thai Hop

116
julio 1992

La identidad latinoamericana

a la luz de los 500 años de América y de la crisis contemporánea/ Cristián Parker G.

*"Aquellos que no pueden comprender morirán,
aquellos que comprendan vivirán"*

Libro de Chilam Balam

Los tiempos cambian y con ellos cambian las perspectivas históricas y epistemológicas para abordar las viejas problemáticas. La identidad latinoamericana ha sido temática recurrente en la historia de las ideas en nuestra región, desde la época de la independencia iberoamericana ⁽¹⁾.

Pero vivimos una época de vertiginosos cambios, estamos en un punto de inflexión de la historia y las mutaciones culturales, políticas y tecnológicas que se avocinan sólo presagian la elevación del nivel de incertidumbre con que estamos enfrentando los acontecimientos del presente. Presenciamos, quizás con mayor evidencia estos días, dada la reciente crisis en la URSS, un cambio de época caracterizado, a mi juicio, en términos generales, por la crisis del paradigma del progreso moderno. Modelo faustiano definido por el crecimiento sin fin de la producción y del consumo que pone en peligro el planeta entero. Modelo de desarrollo que, bajo diversos signos (liberales o neoliberales, marxista-leninistas), ha hecho crisis, dado que no ha sido capaz de ofrecer nuevas oportunidades de una vida mejor a una vasta proporción de habitantes del planeta, especialmente al Tercer y Cuarto Mundos. En efecto, baste recordar que el aparente triunfo del capitalismo sobre el socialismo, que tanto vanagloria a los inversionistas transnacionales, se ha realizado a costa de la pobreza de al menos el 33% de la población del planeta, lo que significa que sólo

(1) Conferencia dictada en el IV Congreso de Psicólogos, *"La psicología latinoamericana a los 500 años del descubrimiento de América"*, Santiago de Chile, 29-31 de agosto de 1991.

en América Latina capitalista y subdesarrollada hay en estos instantes unos 270 millones de personas que viven bajo la línea de pobreza.

Vale la pena recordar, en el marco de esta crisis, aquella idea central de Margaret Archer, Presidenta de la Asociación Internacional de Sociología, al inaugurar el último Congreso Mundial de Sociología en Madrid, en el sentido de que la sociología debe asumir el desafío de pensar, a la luz de la situación actual, en términos de pluralidad, abandonando ese falso universalismo de las teorías de la modernidad en boga. Lo que parece absolutamente pertinente cuando procuramos abordar la temática de la identidad cultural latinoamericana, incomprensible si no se la ubica en el marco de una heterogeneidad sociocultural cada vez más acentuada. En efecto, los modelos sociológicos de interpretación de la realidad también deben ser reformulados y tal renovación supone la revisión de los paradigmas epistemológicos que nos ha legado la ciencia social occidental.

No vamos a reflexionar aquí tanto sobre *la identidad cultural latinoamericana*, cuanto sobre la problemática que dicha identidad plantea, desde el punto de vista de la sociología de la cultura, a la luz de los 500 años de América y en el marco de la crisis contemporánea.

Cuando decimos identidad nos referimos al conjunto de símbolos y lenguajes, institucionalizados en modelos colectivos, que condicionan y regulan la conducta y la práctica social. Modelos que son producto de la codificación de una experiencia vivida por la conciencia colectiva de un grupo y que dan cuenta de aquellos signos, valores y sentidos que definen al grupo como uno "igual a sí mismo" aun cuando hayan manifestaciones socioculturales diversas; le conceden un carácter de unidad, unicidad sociocultural que posibilita la cohesión grupal en una comunidad de intereses, símbolos y valores, aun cuando haya percepciones, concepciones y nombres diferentes; y por último, un modelo cultural colectivo que posibilita la permanencia en el tiempo y en el espacio de ese conjunto de redes de relaciones que identifican a los individuos con su colectividad.

En el sentido de nuestra definición la identidad cultural latinoamericana no es un agregado de identidades individuales o grupales, sino un proceso cultural real y dinámico, pero subyacente, cuya manifestación no siempre posibilita la concreción y actualización de modelos aparentes claramente definidos e identificatorios. Por lo mismo, es comprensible aprehender la identidad cultural latinoamericana como una realidad latente, es decir, existente, no meramente virtual, pero con un perfil de definición mucho más difuso que la identidad de otros pueblos o naciones del planeta. Ello explica que buena parte del debate de los pensadores, filósofos y científicos sociales latinoamericanos ha sido acerca de la búsqueda de esta "inefable" identidad: encubierta, revelada, negada, descubierta, inventada, creada, negociada, asumida, enterrada, subyugada, dominada, liberada, etc... Así

también esta característica latente y difusa de la identidad real se refleja, al menos parcialmente, en esa "crisis de identidad" en que recurrentemente se sitúa el pensamiento latinoamericano.

Con Touraine ⁽²⁾ podemos entender que una identidad colectiva no se constituye como tal sino en términos relacionales, es decir, en términos de su referencia a un principio de oposición y a un principio de totalidad. Jamás la identidad existe como un logro pleno en la conciencia colectiva, antes bien, es un principio dinámico que se va haciendo en un reconocimiento de la unicidad en contraste y oposición al Otro y en términos de una definición de la situación o contexto sociohistórico, es decir, de la totalidad socio-planetaria en la que la colectividad vive. Esto equivale a decir que en todo proceso de constitución de identidad colectiva está involucrada la visión de mundo y el proyecto histórico, virtual o actual, de la colectividad en cuestión.

El carácter dinámico de la identidad cultural hace que la definición de ella en el plano conceptual oscile siempre entre la conceptualización de los modelos realmente existentes y aquellos que se proyectan como utopía. Al hablar de identidad latinoamericana, entonces, es natural que se caiga casi inevitablemente en un juego dialéctico acerca de lo que es y de lo que debería ser. Y el dinamismo real de nuestro proceso cultural alimenta diversas perspectivas, a veces encontradas, e incluso contradictorias, precisamente por su mayor acento en lo real o en lo potencial.

En medio de este juego entre lo real y lo pensado destaca aquella socorrida afirmación acerca del hecho de que "somos un continente joven", lo cual refleja a nivel del sentido común latinoamericano un gran trauma histórico vinculado a la forma cómo nos observamos en la historia universal. El hecho de ser "joven" es ya problemático, porque dice relación con una lectura de la identidad enmarcada en una evolución histórica que condiciona reductivamente nuestras posibilidades de reflexión. Somos jóvenes respecto al "Viejo Continente", es decir, Europa. Y en verdad, desde la conquista hace 500 años, hemos vivido, en nuestra conciencia colectiva, con ese trauma del llamado "encuentro de dos mundos", que en verdad ha sido una historia conflictual de desencuentros y encuentros parciales y poco transparentes.

Con justicia, Leopoldo Zea ha advertido que la "originalidad del hombre americano" o la "esencia de lo americano" tendía a verse en el espejo

(2) Empleamos aquí las categorías que Touraine utiliza para abordar los movimientos sociales, pero reformulándolas en el sentido de que entendemos de manera distinta los principios de identidad, oposición y totalidad, toda vez que nuestro objeto no es un movimiento social sino la conciencia colectiva. Cfr. Alain Touraine, *Production de la société*, Eds. du Seuil, Paris, 1973.

que ponía la filosofía occidental. Y Todorov nos recuerda que, al analizar el proceso de conquista, en ese dramático encuentro con el Otro que significó una dura experiencia tanto para los españoles como para los indígenas, el europeo demostró una notable capacidad de adaptación al mundo precolombino. "Claro que esta capacidad de adaptación y de absorción al mismo tiempo, no es en modo alguno un valor universal y trae consigo su otra cara que se aprecia mucho menos" (3). El igualitarismo que esgrimían los defensores de los indios sirvió igualmente a la expansión colonial. Fruto de esa sorprendente capacidad de adaptación de la cultura hispanolusitana hoy día en América Latina hablamos el castellano o el portugués, pero dado que no se exterminó a los indígenas como en América del Norte, nuestras lenguas y estilos de comunicación están sobrecargados de raíces indígenas y mestizas. Y porque en iberoamérica hablamos el castellano y el portugués, asumimos entonces encubiertamente una identidad distorsionada, por cuanto nos consideramos iguales a los europeos, aunque sin dejar de sentirnos secretamente inferiores, necesitando, como "jóvenes", reafirmar nuestra identidad, en constante gestación, respecto a nuestra "Madre" patria.

De acuerdo a la dinámica del proceso cultural debemos reconocer que la identidad cultural sólo podrá asumirse en forma manifiesta cuando se modifique nuestra visión del Otro, es decir, del no-latinoamericano y nuestra propia visión de nosotros mismos, es decir, nuestra visión sobre la vida actual y sobre la historia de nuestros pueblos, en el marco de una visión diferente de la historia universal. Estos años en que conmemoramos el discutido "descubrimiento de América", nos están invitando sugestivamente a "descubrir" nuestra identidad cultural. Necesitamos "descubrir" en el verdadero sentido, no en el sentido del encuentro sino en el sentido del develamiento. Ello supone revelar (y revelarnos a nosotros mismos) el verdadero rostro que ha estado cubierto por años de ideología dominante y sometimiento cultural. Este develamiento requiere del cambio de nuestro marco conceptual y nuestra visión de los procesos culturales, distanciándonos de las categorías occidentalizantes. Se busca, en síntesis, descubrir aquella identidad latente, la realmente existente, que habita de múltiples formas y bajo variados repliegues, la conciencia colectiva de nuestros pueblos latinoamericanos. Para ello el reencuentro con el yo profundo deberá hacerse recuperando la memoria histórica de un continente cuya trayectoria es milenaria y no sólo de 500 años.

Tendemos a considerarnos "occidentales" cuando en verdad somos un continente mestizo. Es cierto que hoy por hoy casi todos los pueblos de la

(3) Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro. V.1*, Siglo XXI, México, 1989, p. 258.

tierra son de alguna forma "mestizos" (a su manera), porque los procesos migratorios y los acontecimientos históricos, así como la revolución en las comunicaciones, han derribado las culturas aisladas y "puras". Piénsese, por ejemplo, que la cultura norteamericana es el resultado del "melting pot" de una gran variedad de culturas. Pero la transnacionalización de las comunicaciones que ha convertido al planeta en una "aldea universal" ha posibilitado también, y en un movimiento paradójico, el resurgir de la "guerra de las tribus" que ensombrece el panorama en diversos rincones del mundo.

A pesar de la variedad es posible discernir un sólo mestizaje latinoamericano, único e irrepetible, claramente distinguible cuando se le compara con la cultura africana, asiática o europea contemporánea. De lo que se trata, entonces, es de descubrir las características identificatorias, las marcas de estilo de nuestra identidad mestiza latinoamericana, mucho más patente en nuestras culturas y religiones populares que a nivel de las culturas de élite permeadas por la cultura racionalista occidentalizante. En este sentido nuestra cultura "oficial" debe ser cuestionada por su dependencia de los moldes "yanquizados" o eurocéntricos. Es esta operación de crítica y ruptura con modelos de identidad artificialmente impuestos y asumidos, lo que posibilitará el reencuentro de las elites con las raíces milenarias de nuestra identidad cultural latente. La actual encrucijada histórica y cultural plantea un momento extraordinariamente propicio para este ejercicio.

El reencuentro con nuestra memoria histórica nos posibilitará descubrir, por ejemplo, que la así llamada prehistoria de América hunde sus raíces en el Este y no en Occidente. El movimiento de poblamiento inicial de nuestro continente viene desde Asia y le debemos al Pacífico (Estrecho de Behring y la Polinesia), casi tanto, o más, que lo que le debemos a lo que nos vino por la travesía del Atlántico. No sorprende, por ejemplo, que hacia el año 1000 a.C., antes que el apogeo de la cultura clásica Griega, la cultura Chavín en la costa peruana haga gala de una arquitectura masiva y maravillosa, y de trabajos en oro y piedra que reflejan una gran civilización. Ahora bien, lo sorprendente es que los trabajos de decoración en piedra de Chavín son de una increíble semejanza a aquellos de la cultura China de los Chang que se desarrolló también en esa época (entre el 1100 a. C. y el 700 a. C.). Los ejemplos podrían multiplicarse y todos ellos estarían revelando al menos dos cosas: que el parentesco entre las formas culturales precolombinas y las asiáticas es innegable, y que el nivel de civilización que alcanzaron algunas culturas precolombinas, bajo muchos puntos de vista, no tuvo nada que envidiar a la Europa medieval, salvo el atraso en ciertas tecnologías y medios de comunicación.

Lo afirmado fundamenta el cambio de óptica requerido. Debemos dejar de mirar nuestra identidad en el espejo de occidente, no porque haya que

negar su legado u oponerse (lo que dejaría entrever una actitud adolescente e inmadura) a los aportes del progreso y de la modernidad, sino porque debemos recuperar nuestra capacidad crítica y afirmar nuestra identidad en la reconstitución de nuestra verdadera historia e identidad. En el contexto de una América Latina que se moderniza rápidamente y que se integra al mercado transnacional urge llevar al plano manifiesto, desde su latencia, todos los elementos de identidad original que hay diseminados en la heterogeneidad de nuestras múltiples culturas latinoamericanas. De lo contrario se corre el serio riesgo de ver instaurados modelos culturales que seguirán enajenando nuestra identidad y que acentuarán nuestra condición dependiente y subordinada en el contexto de las relaciones internacionales y en el orden mundial.

El surgimiento de la nueva conciencia latinoamericana, a la cual han hecho aportes indesmentibles la teología, la filosofía y, en menor medida, la sociología, la antropología y la psicología, posibilita avanzar en la sistematización, por primera vez en forma autorreflexiva y consensual, de un pensamiento original, que busca actualizar la sabiduría ancestral de nuestras culturas indígenas y recoge la sabiduría contemporánea de nuestras culturas populares. Porque este pensamiento es todavía incipiente y cavilante requiere convertirse en una tarea sociocultural de todos: gobiernos, instituciones de la educación y la cultura, organizaciones no-gubernamentales, Iglesias, organismos interamericanos e internacionales, agrupaciones étnicas y culturales, en fin, grupos y agentes de base de las más variadas características.

Es cierto que no es tarea fácil procurar reconstituir una identidad allí donde los recursos requeridos para tal esfuerzo escasean y donde las propias contradicciones de la realidad sociocultural plantean nuevas dificultades. García Marquez, al recibir el Nobel de Literatura, lo expresa claramente al describir la percepción que el europeo tiene de la "realidad descomunal" de América: "Una realidad que no es de papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza (...) todas las criaturas de aquella realidad desafortunada hemos tenido que pedirle un poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida (...).

La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios" (4).

(4) Gabriel García Márquez, *La soledad de América Latina V.1*, Conferencia Nobel, 1982, Estocolmo, 1982: 4-5. Nota del Ed.: Este discurso fue reproducido íntegramente en *Páginas* Nº 51, 1983, pág. 26-28.

En efecto, la ruptura con los mitos sobre el ser latinoamericano, derivados de la modernidad occidental, reproducida y adaptada a nuestra situación dependiente, no se está realizando estas últimas dos décadas sino a costa de sacrificios enormes. A la represión de los Regímenes de Seguridad Nacional que aplastaron las utopías emancipadoras de los 60-70, se ha sumado la grave crisis de los ochenta, llamada la "década perdida" por la CEPAL. La miseria y la pobreza de las mayorías son un aspecto central del cuadro, pero debe mirarse también la violencia, la corrupción y el narcotráfico. La deuda externa, junto a la nueva configuración capitalista internacional, y la crisis del socialismo en los países del Este, han contribuido notable y poderosamente a la difusión del escepticismo y el desencanto. El postmodernismo, ideología emanada de las elites intelectuales del capitalismo central y post-industrial, se difunde a la periferia y tiene el suelo abonado en una latinoamérica que ha vivido la dura experiencia de la opresión, donde la frustración criolla se incrementa sobre la base de un penoso recorrido y ahonda una crisis que produce perplejidad. Hoy se observa, por una parte, un desencanto creciente de las masas populares respecto a las promesas de salvación secular que provenían de la clase política tanto tradicional como revolucionaria en el continente, y, por otra parte, la incapacidad de los gobiernos de levantar propuestas viables que tienen estable una solución de salida a la crisis. Piénsese en los casos paradójales de Collor de Melo, Fujimori y Menem.

Pero los pueblos inventan sus propias respuestas y reconstruyen, aunque precariamente, sus propias esperanzas. Frente a la crisis, a la miseria y al dolor, los pueblos luchan por sobrevivir y reivindican una cultura de la vida y una fe religiosa asombrosa. La religión popular o múltiples expresiones comunitarias (las comunidades eclesiales de base, las organizaciones populares, las comunidades campesinas e indígenas) les posibilitan prefigurar utopías en las cuales los pobres son predilectos de Dios, la Virgen y los Santos y se afirma una visión popular donde las relaciones sociales solidarias y festivas satisfacen plenamente las necesidades humanas, sobre la base de relaciones de cooperación y de una convivencia armónica con el Otro, con la naturaleza y con lo trascendente. Hay todo un sentido de la vida latente que forma parte de esa identidad latinoamericana que debe ser descubierta.

Con todo, hay que reconocer que las últimas décadas han dejado también una sabia lección y esta reside fundamentalmente en la conciencia acrecentada de que no será posible salir del atolladero en que nos encontramos sin hacer respetar los derechos humanos, sin incrementar la participación de las mayorías y especialmente de las mujeres, los jóvenes y las minorías étnicas, sin abandonar posiciones ideológicas totalizantes, sin respetar la libertad de religión y de expresión, sin buscar caminos para la

democracia, el diálogo y la paz, sin asumir la conciencia creciente de la necesidad de preservar la tierra de la destrucción, sin intentar resolver los agudos problemas socioeconómicos con transformaciones audaces hacia una estructura justa y equitativa y enfrentar los desafíos del nuevo orden internacional, en el marco de un nuevo realismo y de un esfuerzo de integración latinoamericana.

Siguiendo este recorrido de dolor y de experiencias se hace posible una perspectiva de cambio y un cambio de perspectiva. Esta trayectoria supone asumir las lecciones que arroja nuestra historia reciente. Se hace imprescindible, por tanto, para no caer en nuevos ideologismos o en la mera retórica, desterrar concepciones americanistas, indigenistas, o ideologistas extremas que para afirmar la propia identidad niegan al Otro y al hacerlo niegan la base de relaciones y la totalidad histórica en la cual efectivamente viven y se mueven. Este tipo de actitudes niega el principio de totalidad y al hacerlo obstaculiza el rescate de la auténtica identidad. Esta perspectiva retorna, en definitiva, al totalitarismo excluyente y principista que ha producido experiencias tan dolorosas como la del estatismo comunista o la guerra sucia de Sendero Luminoso. Esta perspectiva se cierra al reconocimiento de la diversidad y, al negarse a cualquier reconocimiento del otro, concluye negando la propia realidad en la que viven. Niega la base común de trabajo, porque niega la realidad común e inventa en el imaginario una totalidad alternativa y excluyente a aquella en la cual cree que se engloba el adversario. No podemos, por consiguiente afirmar una perspectiva que reivindique una opción antimoderna o antioccidental *per se*.

Antes bien, el camino adecuado para asumir los desafíos que plantea recuperar la identidad cultural latinoamericana, en el marco de la crisis contemporánea, está en una opción que busque sabios equilibrios entre las propuestas alternativas. Por una parte, se debe rescatar y potenciar la vitalidad y la sabiduría encerrada en el sincretismo religioso y cultural de los pueblos latinoamericanos, en la afirmación y potenciación de nuestro propio mestizaje cultural; por otro lado, no podemos negarnos al avance científico y tecnológico y a los beneficios que nos puede ofrecer la integración a la modernidad. De lo que se trata es de buscar el juego de arreglos que articulen de manera armoniosa y viable las tradiciones en cuanto tienen de valioso y las innovaciones en cuanto tienen de efectivo progreso humanizante. Esta búsqueda supone incrementar una capacidad de crítica que fundamente el ejercicio del discernimiento cultural acerca de las tradiciones y de las innovaciones que confluyen en nuestro actual panorama cultural.

Las mutaciones culturales contemporáneas, incluso en los países del Norte desarrollado, que habían mostrado una notable tendencia a la homogeneización impuesta por la hegemonía de un modo de producción de

signo contrario, acá capitalista, allá socialista, también van indicando el quiebre de la unidad cultural. La propaganda consumista, como mecanismo necesario de reproducción de los mercados del capitalismo transnacional, tiende a imponerse en todos los rincones del planeta y va homogeneizando en un lenguaje mercantil los saberes, las formas y los estilos de hacer y de pensar (García Canclini, 1982). Pero, paradójicamente, la dialéctica de ese proceso homogeneizante de raíz estructural tiene sus propios límites y parece tocar fondo. Desde el campo cultural estallan nuevas contradicciones.

En la sociedad moderna se habla un lenguaje común, pero al mismo tiempo ya no es posible hablar de culturas monolíticas, homogéneas que caracterizan mayoritariamente a los pueblos, naciones y etnias. Nuevos movimientos reivindican el derecho a "la diferencia". Grupos que bregan por ganar un espacio en función de su identidad étnica, nacional, de género y edad, religiosa y filosófica, están surgiendo por doquier.

En este nuevo contexto, habrá que replantearse la identidad latinoamericana, no desde lo abstracto, sino desde el movimiento real de su latencia, a fin de no mirarse más, en forma exclusiva, con aquellas categorías universalistas que le han provisto occidente. A la luz de la crisis contemporánea, en el marco de un cambio de época, ha llegado la hora de mirarnos y de mirar al mundo, con otros ojos. Habrá que leer el particularismo de la tradición, identidad y destino histórico en términos comparativos, y especialmente considerando a los otros continentes del Tercer Mundo, en el marco de la cultura planetaria que emerge. Deberá considerarse toda la complejidad de situaciones culturales del mundo contemporáneo, reconociéndose a América Latina en su parentesco con Asia y África. Reubicándose como parte del Tercer Mundo, en el marco de sus relaciones contradictorias con el Norte, dialogando con la sabiduría de las civilizaciones y procurando resolver los problemas que hoy se plantean a escala planetaria. Para hacerlo se deberá superar el espíritu provinciano o el cosmopolitanismo artificial y, sobre todo, mirar como pares, en la empresa de mejorar el planeta, a europeos y norteamericanos. Se deberá hurgar en la herencia cultural, en ese legado precolombino admirable y milenario (más cercano al Asia y al Pacífico que a Europa y al Mediterráneo), en el legado hispanolusitano (reconociendo con claridad sus raíces mozárabes) y afroamericano, (con raíces profundas en el África subsahariana) pero sobre todo, en la original, multiforme y plural cultura mestiza, a fin de detectar aquellas fuentes inspiradoras que permitan reconstruir una identidad propia que simultáneamente prefigure un horizonte alternativo de salida para esta crisis provocada por la transición de civilización que el mundo enfrenta en los albores del siglo XXI.

